

Tomás Segovia

ALABADA SEA LA ARTESANÍA

Adolfo Castañón



Tardé mucho en hablarle a Tomás Segovia (1927-2011). Lo conocía por haberlo visto de lejos, haber oído hablar de él, y, sobre todo, por haberlo leído. Formaba parte, a mis ojos, de ese grupo que componían Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Octavio Paz, Gabriel Zaid, Alejandro Rossi, Teodoro y Ulalume González de León y Huberto Batis. Este último recibía la visita algunos sábados por la tarde de Inés Arredondo —la primera mujer de Tomás y madre de tres de sus hijos: Inés, Ana y Francisco— con su segundo esposo, “el Dr.”, en aquella casa de Tlalpan donde por la mañana a Batis le gustaba rodearse de sus alumnos, entre los cuales yo me contaba. Tomás tuvo más adelante, con Michelle Alban, a Rafael Segovia Alban. El nombre de Tomás aleteaba entre la fronda conversación por uno u otro motivo, siempre literario y a veces humano y político. Se decía que Tomás Segovia era un seductor. Alguna vez asistí a una de sus clases en la Facultad de Filosofía y Letras, sentado en la última fila. Me llamaba la atención la suavidad de su voz, monocorde pero exacta, y sobre todo me dejó impresionado ese discurso entre poético y filosófico que le iba saliendo de los labios como una

lengua de plata con la que iba rodeando a su interlocutor. Algo de esta sensación transmite Jaime Moreno Villarreal en el prólogo al disco *Voz Viva México* de Tomás Segovia:

Conozco la voz de Tomás Segovia, la puedo tener en mente cuando leo su poesía. Puedo captar ciertas intenciones precisas del ritmo y de la composición si hago hablar imaginariamente al texto con la voz de origen; pero de inmediato comprendo la virtualidad de esa voz: lo que le da sentido al poema en su silencio, su forma cóncava y dispuesta, la voz intacta que se encarna en la lectura.

Por lo demás, en su grabación sonora, donde la voz del poeta, rica por su jugo y por la experiencia directa, se entrega a la lectura en voz alta, esta virtualidad no es menos aparente. El poema está ahí con una voz sobrepuesta, el poeta pierde toda autoridad en la lectura del poema, él no lo lee para establecer el modo en que deba decirse o comprenderse; su voz es sólo un suplemento de proximidad, algo que puede ser estremecedor o decepcionante. La poesía pierde todo título de propiedad al disolverse en las voces interiores de sus lectores. Pero escuchar la voz de Tomás Segovia leyendo lo suyo es ocasión de recobrar parte de la dimensión oral que la poesía ha ido per-

diendo. Extraño privilegio, la lectura en común y la atención auditiva se ejercen en la intimidad con una voz que, como sea, es sustancialmente ajena: el poema no lo necesita; pero a los oyentes nos reintegra una antigua pertenencia”.¹

Por aquellos años, a principios de los setenta, yo leí y releí el poema *Anagnórisis*, que me dejó el gusto, el rumor y el eco, la sensación de encontrarme ante un *poema real*, un poema verdadero, aunque en cierto modo abstracto, intelectual, inteligente: sagaz.

El ensayo que escribió Tomás Segovia sobre “Claude Lévi-Strauss y la pianola” sembró en mí una intuición que luego refrendaría la lectura, hecha años más tarde, de las *Cartas a Tomás Segovia* de Octavio Paz.

Segovia no sólo desarmaba y discutía al antropólogo francés situándolo como un reciclador intelectual, sino que también, al trasluz, discutía con Octavio Paz, quien había tomado del antropólogo algunas ideas para perfilar su máquina de pensar. Muchos amigos míos, como Jaime Moreno Villarreal, Antonio del Toro, Fabio Morábito, Esther Cohen, o las hermanas Ana y Alicia García Bergua, se reunían con Segovia en una suerte de tertulia los martes por la tarde en un café del sur de la ciudad. Mientras iba yo recogiendo

señas y pistas por el camino: que si habían sostenido una larga conversación desgarradora con Octavio Paz, acerca de *Plural*, que si autores que nada tenían con la literatura —como el economista Albert O. Hirschman— ponían a la editorial como condición para contratar un libro que lo tradujera Tomás Segovia, que si había publicado unos relatos con el título de *Trizadero*, donde se retrataba la vida y milagros de su generación, que si era uno de los hombres más libres e independientes que había dado nuestra edad y que había hecho de la libertad una presencia.

De todo esto, si no me cabía duda, menos la tuve cuando mi llorado amigo Louis Panabièrre, allí en Perpiñán, en el pueblito, Le Boulou, me abrió las puertas de su casa (“La casa de los tres soles”) y me instaló en una recámara que daba al jardín, adornada con un simpático papel tapiz: “te vas a quedar a dormir en la recámara de Tomás...”, me dijo.

Se refería a que Tomás Segovia había tenido la idea de irse de México a Europa a principios de los años ochenta a instalarse en Riá, en una casa que había restaurado con sus propias manos y con la ayuda de Louis Panabièrre. De vez en cuando Tomás bajaba a Perpiñán y se quedaba en casa de los Panabièrre un par de días, en ese cuarto que olía a limpio.

Tomás Segovia escribía y escribía y, cuando no hacía

versos, traducía y traducía: desde el *Tratado de historia de las religiones* de Mircea Eliade hasta el Shakespeare de Harold Bloom o libros sobre Octavio Paz de Rachel Philips o los de ese Albert O. Hirschman que ponía como condición para que sus obras se tradujeran que lo hiciera Segovia.

Alguna vez, Tomás llevó sus ensayos para que los editara el Fondo de Cultura Económica; yo descubrí que los tenía en prensa en la Universidad Autónoma de México, gracias a los buenos oficios de nuestro común amigo José María Espinasa. Obviamente, no pude inducirlos, y me quedé con la espina. Pocos años más tarde, pude practicar una compensación haciendo que su obra poética reunida se imprimiera en España contra viento y marea...

Este gesto era a mis ojos una misma compensación por lo que sabía que había hecho a favor de la literatura mexicana —a la que pertenece— y, en particular, por haber sido uno de los contados interlocutores de Octavio Paz en los años cincuenta y sesenta. También lo fue, en cierto modo, de Alfonso Reyes, pues Segovia publicó en los años cincuenta una crítica a *El deslinde* en *Cuadernos mexicanos*.

A Tomás le gustaba ver pasar el tiempo desde la butaca de un café. Recuerdo que una vez nos vimos a desayunar en el Konditori de Insurgentes. Ahí me hizo una larga y documentada exposición de por qué no había que temer que

la poesía desapareciera del mundo, ya que, me lo decía argumentando con cifras, si se sumaban los números y tirajes de la edición de todas las editoriales marginales, estos eran mayores que lo publicado por los grandes consorcios. Al igual que Octavio Paz, Tomás Segovia estaba contra la crítica estructuralista, formalista, y la facilidad semiológica: sabía que ese sendero, al igual que su abuela y antepasada, la estilística, corría el peligro de llevar hacia un mundo *mondo* y vacuo de entelequias palabrables, pero como no le gustaba opinar sin tener “los pelos de la burra en la mano”, se puso a leer y a traducir —que es una forma privilegiada de leer— a los teóricos de la literatura.

De ahí nació uno de sus libros más polémicos e influyentes: *Poética y profética*, un intento crítico adversativo hecho con elegancia y penetración. En esa obra, Segovia desnudaba a los “suspirantes” de la novia puesta al desnudo, para pasear la obra de Marcel Duchamp que encandiló a Octavio Paz hasta llevarlo a escribir uno de sus excursos más fecundos: *Apariencia desnuda*. Esta tentación teórica y profesional que veían sus buenos ojos amigos como Antonio Alatorre, pronto lo cansó y lo devolvió —nuevo hijo pródigo— con mayor fervor a la poesía que brotaba de sus labios, o más bien de su mano, con incendiaria y caudalosa precisión.

Un día me encontré con Tomás Segovia en la ciudad

venezolana de Cumaná, cuna del poeta José Arturo Ramos Sucre y puerto por donde entró Humboldt a Venezuela, como también del poeta Andrés Bloy Blanco. Me tocó presentarlo en un recital celebrado ahí al aire libre una tarde del mes de septiembre. Tomás Segovia empezó a leer y a recitar, a veces a improvisar ahí mismo algunos de sus ondulantes y magnéticos poemas. Segovia los decía casi en voz baja. La sorpresa fue que a medida que leía el silencio y la quietud se impusieron en aquel patio al que iban ganando las sombras del atardecer. Segovia leía y la noche se acercaba y el silencio, no sé cómo, crecía como si la palabra fuese una semilla que despertara los sueños de reposo y descanso que sentía la tierra. Todo callaba, salvo la voz de Tomás. Cuando terminó de decir el último verso, hubo un silencio sonámbulo y afectivo: nadie ni nada se movían. Hasta que el poeta dijo con voz tímida: eso es todo, ya terminé.

Su palabra rompió de inmediato el cántaro del aplauso, y algunos nos quedamos con la sensación de haber visitado gracias a él un reino ingrátido e indefinible.

Estaban ahí, entre otros amigos, Katyna Henríquez, Rafael y Milena Cadenas. Tomás se quitó pronto la invisible túnica del bardo y se deslizó en la piel amable y humanística de ese muchacho que traía adentro (Segovia, más que un poeta-niño, era un artista ado-

lescente que no dejó de retratar y de auto-retratarse).

Otro día, años más tarde, le descubrí o recordé que lo habían incluido en la *Anthologie de la poésie espagnole de la Pléiade*, en Gallimard. Se encogió de hombros sin darle importancia al hecho. Pero si hubiera sido la *Antología de la poesía española de Einaudi* hubiera sido muy otra su reacción. Y es que Tomás Segovia —aunque podría decirse con ironía... que es de la generación del 27, pues nació ese año— estaba más a gusto no en la poesía española de Rafael Alberti, Vicente Aleixandre o Jorge Guillén, sino en la italiana de Giuseppe Ungaretti, César Pavese, Eugenio Montale o Umberto Saba, que fueron autores que descubrió muy pronto y a los que nunca dejó;

claro, Tomás Segovia leyó a Baudelaire, Hugo y Nerval, pero tengo para mí que los miró a través de un fino cristal italiano que transfiguraba los personajes del drama a la luz mediterránea. De ahí la conexión, amistad y a veces diferencia con Ramón Xirau, cuyo gusto literario participa desde las fibras más íntimas de los ideales y de la cultura mediterránea. Eso explica quizá algo de la sensibilidad diurna y solar de Tomás Segovia —recuérdese el título de uno de sus primeros libros: *El sol y su eco*.

La economía y, por ahí decían, la baraja de su imaginación, es esencialmente diurna. Por ello sabía Tomás que la luz excesiva castiga y que la sombra y la penumbra son más propicias para el desarrollo de



los alimentos afectivos. Quizá por eso también Segovia, en términos políticos, era un pensador de lo completo por serlo de lo concreto y tenía el olfato, al igual que Rafael, su hermano, el politólogo, para ventear de lejos la mentira y la concepción, los efluvios de la olla podrida que alimenta el reino corrupto del castillo de Elsinor, donde el príncipe Hamlet de Dinamarca vio a su padre ser asesinado. Esa facultad para leer y desarmar las utopías para darles sentido se palpa en las palabras que intercambió en torno a la revuelta zapatista con Aurelio Asiain, en la revista *Vuelta*.

A Segovia le gustaba ir a pie y hacer las cosas por sí mismo, como esa casa que reconstruyó en el sur de Francia o esas ediciones artesanales que salían de sus manos y que cada año mandaba a algunos amigos. Conocía el laberinto tramo a tramo, también sabía que el grano de la voz interior, ese germen de la poesía y del soñar con los ojos abiertos, no sabe prosperar a la luz de la insolencia y de la soberbia.

No perdió nunca de vista el valor de lo singular e individual. No confundía la humildad con la tontería. En su lenguaje y poesía se deletrea el derecho de soñar con los ojos abiertos como el que sabe decir o escribir un poema sin dejar de llamar a las cosas por su nombre.

En los últimos años, los encuentros con Tomás Segovia se daban alrededor y con su esposa y amiga María Luisa Capella, con quien yo tuve

la fortuna de trabajar bajo el paraguas del Fondo de Cultura Económica. María Luisa y yo hablábamos y Tomás observaba e intervenía poniendo en cintura la conversación y como dando golpes de timón a nuestra conversada deriva. Otro aspecto de Tomás Segovia me lo transmitió su editor y amigo en común, José María Espinasa. En Ediciones Sin Nombre, José María y Ana María Jaramillo publicaron no pocos títulos en prosa y en verso de Tomás. Espinasa confía y confiaba en que la suerte de la edición literaria en el mundo iba de la mano con el destino de las pequeñas editoriales independientes. Segovia coincidía cabalmente con esta propuesta y la alimentaba no sólo con sus propios textos sino con alguna sugerencia tangencial. Podría extenderme evocando uno u otro aspecto de Segovia. Quisiera concluir esta evocación con unas líneas de Christopher Domínguez:

Envejeció Segovia dando lecciones de cómo un estilo y un temperamento va tomando las características del otoño, del invierno. Le apasionó vivir la tarde, la noche y quiso que la calidad cromática de la luz se reflejase, en su timidez matinal, en su fiesta solar, en su mutismo, a lo largo de todas las fases de una obra ajena a esa pacata “poesía de acuarelista” con la que, a veces y para su disgusto, se le relacionaba. Dicho sea sin lirismo: Tomás, como su nunca olvidada

inspiración de adolescencia, Víctor Hugo, hizo un arte del arte de envejecer. Fue sabio, fue tierno, fue necio: sin confesarse, dejó registro de toda una vida en la cual la poesía fue oración cotidiana de artesano que se encomienda. Esas atenuantes agnósticas, las que propone quien se resigna a ignorar, lo llevaron al corazón de lo sagrado.

Una anécdota final. Operaron a Tomás Segovia del corazón para hacerle un *bypass*. La operación parecía haber salido bien. El poeta estaba semiinconsciente en la sala de terapia intensiva. Algo le dijo que la intervención no había sido tan exitosa como afuera decían. Como pudo, haló o jaló la bata de un enfermero y le pidió que llamara al médico de guardia. A éste le refirió ciertos síntomas. El médico lo llevó de nuevo al quirófano. Tomás Segovia, gato de siete vidas, se salvó gracias a ese gesto que le prolongó la vida algunos años. ■

Adolfo Castañón (México)

1952. Poeta, ensayista, traductor, editor y crítico literario. Entre su obra publicada destacan: *El pabellón de la límpida soledad* (1988); *Arbitrario de la literatura mexicana* (1993) y *América sintaxis* (2005).

Blog: tomassegovia2.blogspot.com/

Notas

El lema del “Taller del Poeta” de Tomás Segovia era “Alabada sea la artesanía”.

¹ Tomás Segovia. *Poemas de amor* (Selección) CD, Presentación de Jaime Moreno Villareal. Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.